

# Debate: Los retos de la izquierda en el estado español: ¿cómo afrontamos el nuevo ciclo?

*Juan Andrade | Floren Aoiz | Montserrat Galcerán |  
Sebastián Martín | Albert Noguera | Jaime Pastor |  
Andrés Piqueras | Benet Salellas | Juan Torres*

**RUPTURA**

Grupo de análisis y creación para la transformación social

Edita:

© 2016 Ruptura. Grupo de análisis y creación para la transformación social.

<http://gruporuptura.org/>

# Contenidos

Presentación y cuestiones del debate .....	1
Juan Andrade .....	2
Floren Aoiz .....	7
Montserrat Galcerán .....	11
Sebastián Martín .....	15
Albert Noguera .....	21
Jaime Pastor .....	25
Andrés Piqueras .....	29
Benet Salellas .....	34
Juan Torres .....	38

# Presentación y cuestiones del debate

Los resultados electorales del 26-J marcan el final de la primera etapa del ciclo político abierto con el 15-M de 2011. Durante esta fase las luchas populares se han canalizado y expresado a través de la conformación de una nueva candidatura política que lo ha apostado todo a la estrategia reformista, esto es, el intento de toma del aparato de Estado por la vía electoral para, a continuación, intentar revertir, desde y por el Estado, las políticas neoliberales imperantes durante los últimos años por nuevas políticas progresistas, aunque manteniendo la continuidad jurídica del régimen del 78.

Unos resultados electorales que no han cubierto las expectativas y la imposibilidad de desplazar al PP del gobierno han puesto fin a un primer asalto del que la izquierda sale tocada y perdiendo. A mediados de 2016, con condiciones y sujetos políticos distintos a los de 2011, se abre una nueva etapa que debe empezar con un debate democrático y profundo acerca de cómo debe la izquierda afrontar un nuevo asalto que permita la ruptura con el régimen del 78 y la democratización de la sociedad.

Con el objetivo de contribuir y enriquecer este necesario y ya iniciado debate, este dossier de Ruptura presenta las reflexiones y aportes de personas provenientes de distintas culturas políticas y movimientos de la izquierda estatal alrededor de dos preguntas:

1. *¿Consideras que debe haber continuidad o cambio con la estrategia organizativa y discursiva electoral-reformista seguida hasta ahora? Por qué?*

2. *¿En caso de apostar por el cambio, que estrategia debería adoptarse? Qué ventajas aporta esta respecto a la anterior? Cómo o a través de que procedimientos y medidas podría llevarse a cabo este cambio?*

# Juan Andrade

Profesor de Historia en la Universidad de Extremadura

*"Al tiempo que se afrontaba con valentía una serie interminable de elecciones, se debería haber destinado más esfuerzos a crear tejido social crítico a nivel capilar: una infraestructura permanente para la protesta, el debate y la convivencia entre la gente común"*

1. Respecto a la primera pregunta, ésta prejuzga en gran medida la respuesta. Primero, porque desde la izquierda, al menos desde la izquierda alternativa, nadie se sentiría cómodo refrendando una estrategia que previamente se ha calificado como "electoral-reformista", y, segundo, porque, salvo los brazos de madera y los vasallos de aparato de los partidos, que siempre andan desfasados, nadie afirmaría la necesidad de continuar con una estrategia, sea esta la que fuere, pensada para un ciclo político que en gran medida está cambiando. Por tanto, claro que debe haber cambio.

Pero antes de nada convendría matizar algunas afirmaciones anteriores al objeto de enriquecer la reflexión a propósito de lo que ha pasado en los últimos años. Ciertamente lo que sucede el 26J debe interpretarse como una derrota en función de las expectativas, a condición de que al mismo tiempo se reconozca que se trata de la derrota sufrida por un ejército que por primera vez en mucho tiempo ha estado en condiciones (en cierta medida en condiciones generadas por él mismo) de librar una batalla en campo abierto con posibilidades de victoria. Negar la derrota sería autocomplaciente o tramposo, negar el logro que supone haber llegado hasta ahí supondría una suerte de auto-desprecio lacerante. Durante 30 años la izquierda de este país (a excepción del paréntesis representado por la IU de Anguita) ha estado instalada en un repliegue constante, en una derrota profunda. Desde ahí se hicieron incursiones y sabotajes más o menos efectivos en territorio enemigo, demostraciones intimidatorias de fuerza loables y experimentaciones ricas a nivel social. Pero más todavía se insistió en la supuesta necesidad que había de llegar a algún tipo de compromiso subalterno con la cara amable del bipartidismo si se quería cambiar algo o si se querían evitar males mayores, todo un síntoma de resignación o entreguismo. Pese a los muchos errores cometidos por las opciones políticas que al final confluyen en Unidos Podemos,

hay que reconocerles el mérito de intentar ir más allá de lo primero y no plegarse por sistema a lo segundo.

Esto nos lleva al tema electoral como eje central y, generalmente exclusivo, de la estrategia de estos partidos, lo que sin duda considero un error. Sin embargo, también hay que considerar que el profundo malestar de amplios sectores sociales - hasta entonces despolitizados, pero muy necesitados de conquistas institucionales inmediatas para resarcirse de su malestar y reafirmar su compromiso incipiente - hacía de las elecciones un frente de batalla fundamental para catalizar y amplificar su voluntad de cambio. También se pensaba que el resultado de llevar esa potencia social del momento a las instituciones podría ser tremendo, pues rompería el sistema de partidos que precisamente la estaba ahogando. A nivel municipal serviría para poner las instituciones al servicio de la gente y, tanto o más importante, al servicio de las luchas de la gente. Romper pronto el dique del sistema de partidos resultaba necesario para hacer expedito el camino a donde fuera, también al proceso constituyente. Digamos que por primera vez en mucho tiempo las elecciones eran políticas y no puramente electorales.

Ahora bien, yo cifraría en dos los principales errores de la izquierda en todo este proceso. Primero, en su incapacidad a la hora de concebir la compleja relación entre lo social y lo político-electoral. Y, segundo, en su inclinación a hacer apuestas fuertes, audaces y quizá acertadas sin querer reconocer los riesgos que entrañaban y sin arbitrar medidas para minimizarlos.

En cuanto a lo primero, hay que considerar el profundo desajuste en los dos últimos años entre baja movilización social y altísimas expectativas electorales, un desajuste sin precedentes en cualquier proceso de cambio político reciente. Semejante desajuste no se puede meter debajo de la alfombra y hay que reconocerlo como insostenible de cara a impulsar un proceso de cambio mínimo. A la hora de reflexionar sobre este desajuste habría que zafarse de dos explicaciones tan frecuentes como simplistas. Una es aquella según la cual la movilización es por sí misma garantía de cambio o condición suficiente de éxito electoral inmediato: tanto te movilizas tú tanto te reconocen o votan otros. Otra es aquella según la cual las mayorías electorales e incluso sociales se forman a partir de la construcción discursiva de un imaginario al cual la gente se adhiere por pura afinidad emocional después de consumirlo en los medios de comunicación y en las redes sociales virtuales. También, a la hora de explicar la desmovilización social, habría que reconocer parte de verdad y algunas limitaciones a dos planteamientos. Uno, según el cual altos niveles de movilización no son sostenibles

en el tiempo por el esfuerzo que entrañan de la gente y por la necesidad que mucha de esa gente tiene de obtener réditos inmediatos a su esfuerzo, réditos que no suele dar inmediatamente la movilización social. Y otro, según el cual el fenómeno partidario (Podemos, candidaturas municipalistas y finalmente Unidos Podemos) ha creado un espejismo electoral en la gente y ha generado tal detraimiento de activistas de los movimientos sociales que ha redundado en perjuicio de la movilización social de la que precisamente procedía su fuerza. Es decir, que al tiempo que perfeccionaban el bólide se iba perdiendo gasolina.

El error creo que ha venido de la disociación de la acción política en dos tiempos sucesivos y sin solución de continuidad: ahora lo electoral, mañana de nuevo lo social; ahora la guerra relámpago, mañana el afianzamiento de la retaguardia. Por un tiempo se fío casi todo a la carta electoral y una vez se ha constatado que esta ha tenido un recorrido muy importante pero frenado, se constata también lo poco que se ha construido a nivel capilar para hacer frente a la nueva situación. De igual modo, se ha visto la potencia inmediata que tiene un discurso audaz, fresco y emotivo a la hora de crear ilusión y voluntad de cambio entre la gente común, pero también cuán volátil puede ser esa ilusión y voluntad cuando no se arraiga en el conflicto social y en el quehacer, la cotidianidad material y la participación protagonista de la gente. De igual modo se ha visto el buen resultado que da arrebatarse al enemigo nociones como patria resignificables desde una perspectiva emancipadora, desideologizar el mensaje, modularlo según las circunstancias o hacerlo cada vez más inclusivo; pero también la confusión y la deslealtad que genera el efectismo discursivo, el exceso de cálculo y la falta de concreción programática. A eso me refiero cuando señalo que un error de estos tiempos ha consistido no tanto en hacer lo que se ha hecho como en no hacer otras cosas que minimizasen los riesgos asumidos, en no poner en marcha mecanismos de autocontención para zafarse de las inercias electoralistas, burocráticas, acomodaticias o integradoras que acompañaban a una orientación (creo que llamarle estrategia es mucho) acertada en cierto sentido. Es decir, al tiempo que se apostaba por afrontar con valentía una serie interminable de elecciones sucesivas, se debería haber destinado más esfuerzo a crear tejido social crítico a nivel capilar: una infraestructura permanente para la lucha, la protesta, el debate y la convivencia entre la gente común. En vez de destinar tantos esfuerzos en los ayuntamientos a despejar los temores azuzados por el adversario, o además de destinarlos a solucionarles los problemas de alguna gente, había que haber estimulado más su participación y liberado más espacio a los movimientos sociales. Y a la vez que se graduaban, modulaban, traducían o posponían

– a veces audazmente, otras no – proyectos y valores para entrar triunfales ante el senado romano, habría que haber dispuesto un acompañante por cada cargo público o candidato que le susurrara constantemente al oído “recuerda que eres un rojo, recuerda que eres un rojo”.

2. En cuanto a la segunda pregunta, básicamente hace falta reactivar la protesta y favorecer la implicación autónoma de la gente en la lucha social y política, pero también en espacios cotidianos de aprendizaje, convivencia y reconocimiento mutuo: hay que crear comunidad. Crear comunidad es crear una identidad donde la ilusión y la voluntad de cambio se solidifiquen y no se disipen tan rápidamente al ritmo de los reflujos inevitables del ciclo electoral, y crear identidad es construir, sí, imaginario, relato y simbología, pero es crear también identificación con unos objetivos, concreción programática y un horizonte de conquista ambicioso pero no retórico, que debe apuntar sin duda a un proceso constituyente, aunque expresado en un lenguaje menos politológico. Para ello hay que poner buena parte de las posiciones institucionales conquistadas, sobre todo las de gobierno, a su servicio.

De esa comunidad tienen que formar parte los partidos, que deberían avanzar a su vez en la confluencia. La confluencia no puede ser una mera coalición de partidos preexistentes, incomunicados y recelosos entre sí, ni una disolución de todos ellos en otro único de perfiles ideológicos vagos y formas organizativas rígidas y centralizadas. Habrá que pensar mucho en cómo hacer para que la confluencia sume, sin que nadie renuncie a sí mismo, aunque sí a su endogamia y a sus intereses corporativos. Para ello, precisamente, hay que pensar la confluencia más allá de los partidos.

Hay que repensar la acción político-electoral, valorando positivamente a dónde se ha llegado, pero creando al mismo tiempo mecanismos de auto-revisión que permitan embridar la tendencia a la acomodación, el burocratismo y la integración que toda acción electoral e institucional entraña.

Hay que radicalizar la democracia interna de las organizaciones, atándolas a las aspiraciones de la gente y no a las pugnas de poder entre familias dentro de la sedes. Para eso hace falta una nueva cultura militante menos sectaria, más generosa y más amable.

Nuestras organizaciones no pueden ser tan sociológicamente distintas de la gente. La respuesta a la interesante pregunta de por qué no llegamos a las clases populares quizá sea porque no pertenecemos a ellas. Hay que sacudirse un poco el tufillo a clase media universitaria.



Hay que recuperar dos asignaturas fundamentales: la necesaria feminización de las organizaciones y de su cultura política y la obligada centralidad programática de la lucha contra el ecocidio, escandalosamente ausentes en los discursos y prácticas de nuestros partidos.

## Floren Aoiz

Escritor y director de la Fundación Iratzar (Sortu)

### *“El momento de elegir entre un horizonte de transformación radical o la mera gestión del actual estado de cosas”*

Durante los últimos años se ha vivido a nivel del conjunto del estado español un período de indignación social y esperanza de transformación que, por un lado, conectaba con las tendencias observadas en la periferia europea y otras regiones del planeta, pero, a su vez, adquiría particularidades muy marcadas, ligadas a la profunda crisis del régimen político surgido tras la reforma postfranquista y el notable deterioro de la hegemonía de la cultura de la transición y el mito del *milagro español*.

La corrupción, la crisis económica, el deterioro institucional y el aumento de las movilizaciones sociales acentuaron la debilidad de un régimen incapaz de cumplir sus promesas y que, por ello, se veía enfrentado a una acelerada desadhesión. Todo ello en un contexto marcado por dos fenómenos de gran relevancia, ligados entre sí, el cambio de ciclo en Euskal Herria, con movimientos tan trascendentes como la decisión de ETA de poner fin a su actividad armada y, de manera especial, el crecimiento de la demanda independentista en Catalunya. El estado y los agentes que lo sostienen se vieron de repente sin nada que ofrecer y desprovistos de su gran coartada “antiterrorista”, aferrados al relato de la derrota de ETA ante la evidencia de una crisis estratégica que ponía en riesgo la propia supervivencia del Reino de España.

A diferencia de otros escenarios, como el de Grecia, hay que destacar la tensión entre el modelo de estado y la plurinacionalidad. Esta ha sido históricamente una línea de fractura fundamental y lo es también actualmente, tanto más en la medida en que las brumas que han acompañado este tiempo de incertidumbre parecen despejarse para mostrarnos una penosa carencia de alternativas viables al régimen del 78 más allá – precisamente- de los independentismos catalán y vasco, sin olvidar en todo caso lo que pueda ocurrir en Galicia en los próximos meses.

Es sumamente delicado analizar estratégicamente procesos políticos en curso, pero intuyo que nos hallamos ante un cierre de eso que se presentó como *ventana de oportunidad*. Sin saber todavía quién llegará a La Moncloa y sin descartar la posibilidad de terceras elecciones, las élites están recuperando el control de la situación y se encaminan, batuta en mano, hacia un simulacro *lampedusiano* de regeneración.

Ante este plan de estado para cerrar la vía al cambio, no hay un proyecto alternativo de democratización. Tanto la alianza Podemos-Izquierda Unida como la búsqueda de acuerdos con el PSOE parecen indicar que quienes han protagonizado las nuevas experiencias políticas con vocación transformadora dan por cerrada la ventana y optan por lo que consideran males menores. Significativamente, estamos asistiendo ya a un abandono paralelo de la crítica frontal del modelo de la transición y de las referencias a dinámicas constituyentes que no parece anunciar nada bueno.

Esto nos deja, de nuevo, ante la línea de fractura principal, la única que puede permitir en un tiempo razonable que afloren oportunidades reales de democratización radical: la posibilidad de procesos constituyentes-secesionistas-soberanistas de democratización radical en Catalunya y Euskal Herria.

No se trata de perdernos en debates sobre si el estado español es o no *democratizable*. No es cuestión de esencias, ni de idiosincrasia, ni del clima ni de ningún otro de esos topicazos tontos que no hacen sino alejarnos de todo análisis serio y riguroso. Hablamos de historia sedimentada, de correlación de fuerzas, de sentidos comunes, de hegemonías, liderazgos, proyectos y articulaciones. Y es en esos términos que creo que a nivel de estado el proceso de desmovilización social ya visible en los últimos años<sup>1</sup> se está trasladando al plano político-institucional en forma de una cierta frustración con lo que mucha gente ha percibido como una opción real de cambio inminente, que ahora parece alejarse a marchas forzadas.

Por supuesto, esa desmovilización-frustración no es el único escenario posible, pero ahora mismo no detecto propuestas ni estrategias que apunten a una renovación o impulso del ciclo movilizador ni de activación político-institucional más allá de los tres escenarios *anómalos* del estado, Països Catalans, Euskal Herria y Galiza. Por desgracia, me temo que más que elucubrar si este retroceso se producirá o no, la cuestión es en qué términos lo hará. Y he de confesar que me preocupan notablemente las posibles consecuencias de algunas de las apuestas tacticistas y cortoplazistas de los últimos tiempos.

Vaya por delante que no comparto las críticas simplonas que hemos visto proliferar en los últimos tiempos, según las cuales Podemos habría poco menos que frustrado un

---

<sup>1</sup> Esta es una impresión que comparten, significativamente, personas referenciales tan diferentes entre sí como Íñigo Errejón y Zarzalejos. Errejón afirmaba en una reciente entrevista a eldiario.es que los sectores más organizados o más activos "llevan en reflujo de movilización seguramente desde 2012 o 2013". [http://www.eldiario.es/politica/peligro-supervivencia-individual-chantaje-Rajoy-Errejon-investigacion\\_0\\_553995270.html](http://www.eldiario.es/politica/peligro-supervivencia-individual-chantaje-Rajoy-Errejon-investigacion_0_553995270.html)

Por su parte, José Antonio Zarzalejos señalaba en una columna de opinión de 27 de agosto de este mismo año lo siguiente: "No es extraño que según estudios –del Ministerio del Interior, pero también de la Universidad de Salamanca– las movilizaciones ciudadanas hayan descendido un 25% desde 2012 hasta el presente." [http://blogs.elconfidencial.com/espana/notebook/2016-08-27/investigacion-pactos-espanoles-manual-del-perfecto-agachado\\_1251711/](http://blogs.elconfidencial.com/espana/notebook/2016-08-27/investigacion-pactos-espanoles-manual-del-perfecto-agachado_1251711/)

inminente estallido insurreccional. Tampoco estoy de acuerdo con la idea de que toda apuesta institucional esté irremediabilmente ligada al abandono de la voluntad de transformación radical de la sociedad.

Mi *lugar de enunciado*, por llamarlo de alguna manera, es el tortuoso escenario vasco y más específicamente el proceso de cambio en Navarra, donde estamos asistiendo a un interesante proceso fruto de un duro y prolongado ciclo de movilización, activación social y desgaste de la versión local del régimen del 78.

La traslación de este *tsunami* ideológico-cultural, social y político al ámbito institucional fue posible porque se trazaron líneas claras de demarcación, tanto del espacio del cambio como del propio régimen, situando en este último a un PSOE que siempre ha ido de la mano de la derecha más reaccionaria.

La capacidad para articular fuerzas diferentes y, por tanto, gestionar la diversidad, ha sido clave en este empeño, en el que no han faltado, faltan ni faltarán las tensiones y contradicciones, entre las que cabe destacar la que contrapone un mero relevo institucional con el impulso de dinámicas destituyentes y constituyentes para sustituir un régimen que he desencadenado una potente contraofensiva con el objetivo de recuperar el terreno perdido.

Desde esta experiencia, veo con gran preocupación el acercamiento de Podemos al PSOE, que en cierto modo está sirviendo para blanquearlo, lejos ya de aquel claro mensaje PP=PSOE. Y, sobre todo, me inquieta el calco de esquemas de populismo patriótico desde escenarios como América Latina o incluso Grecia a un estado periférico sí, pero que impone relaciones de subordinación con pueblos en los que existen movimientos patrióticos de democratización radical. Esta estrategia ha generado desorientación y ha contribuido a legitimar el nacionalismo español, que sigue hegemonizado por la oligarquía y las elites en general.

Creo que -de confirmarse-, esta apuesta estratégica dificultará, y es posible que hasta cortocircuite, la posibilidad de complicidad con los soberanismos-independentismos, los únicos fenómenos de radicalización democrática mínimamente consolidados y con un proyecto antagónico al de las elites neoliberales.

A fin de cuentas, toca elegir entre un horizonte de transformación radical o la mera gestión del actual estado de cosas. Y esto implica necesariamente una apuesta clara por el ejercicio del derecho a decidir de los pueblos. Si no se produce una reorientación estratégica de las fuerzas emergentes a nivel estatal en torno a estas cuestiones centrales aumentarán exponencialmente las oportunidades del régimen de cooptarlas o

neutralizarlas: nadie debiera olvidar la experiencia de los años posteriores a la muerte de Franco.

## Montserrat Galcerán

*Catedrática de filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y concejal de Ahora Madrid*

*“Nadie defenderá nuestros derechos mejor que nosotras mismas. No nos enamoremos del poder”*

Parece haber acuerdo en que el ciclo electoral abierto en 2014 con las elecciones europeas está tocando a su fin. No sabemos todavía si habrá unas terceras elecciones o si se conseguirá formar un Gobierno en los plazos previstos. En cualquier caso el asalto institucional que abrieron aquellas elecciones está finalizando con resultados ambivalentes. No es demasiado extraño: las grandes conmociones sociales no se traducen en victorias electorales automáticamente. Las contiendas electorales y la conflictividad social son dos espacios distintos con reglas, ritmos y agentes diversos. Luego no cabe una simetría entre ambos ni una traslación simple del uno al otro.

En este ciclo hubo dos apuestas distintas decididas a romper el monopolio del poder de los partidos tradicionales: la emergencia de dos partidos nuevos, *Podemos* y, en menor medida, *Ciudadanos* y la aparición de las candidaturas municipalistas. A pesar de su semejanza en cuanto partidos emergentes, *Podemos* y *Ciudadanos*, son totalmente distintos y no digamos en cuánto a la relación que mantienen con las candidaturas municipalistas que en el caso de *Ciudadanos* es inexistente. *Podemos* creó un partido que entraba en la escena electoral aupado por los medios de comunicación, en especial la televisión. Frente a una estrategia mucho más larga de ir acercando posiciones a partir de los movimientos sociales, *Podemos* se funda con un salto en el vacío. La presencia en la televisión de sus líderes más mediáticos se convierte en palanca fundamental para presentar el proyecto a las grandes masas e interesarlas en él.

Al principio esta estrategia obtuvo un rotundo éxito, pero la desgastante campaña de infundios contra los dirigentes así como los vaivenes de la formación, siempre preocupada por ganar a los que faltan sin atender debidamente a los que están, le ha hecho perder fuelle. A día de hoy parece que *Podemos* esté chocando con su techo, a no ser que se reforme de arriba a abajo. Ha dejado a un lado a parte de sus primeros seguidores y ha generado mucha desilusión. No es nada obvio que pueda recuperarse a corto o medio plazo aunque los millones de votos conseguidos no sean nada

desdeñable e, incluso sin gran esfuerzo por su parte, pueda ocupar el espacio que el Psoe está dejando libre en su caída.

Las candidaturas municipalistas siguieron otro camino: se conformaron a partir de foros abiertos y grupos de trabajo que lograron agrupar a personas procedentes de un espectro político mucho más amplio. Las candidaturas lograron notables éxitos en las municipales. Pero la política posible para estas nuevas corporaciones está encontrando fuertes límites derivados de la propia estructura de las instituciones locales y sus escasas competencias. A ello se unen las tensiones provocadas por una administración del Estado y de algunas autonomías en manos del partido contrario. Con todo, la experiencia no puede darse todavía por finiquitada, ni se han agotado las posibilidades abiertas en algunos gobiernos autonómicos.

Salimos pues del ciclo electoral con posiciones de gobierno en varios ayuntamientos del cambio, participando en gobiernos autonómicos y con varias decenas de diputados. No es suficiente; podría ocurrir que el PP lograra formar gobierno y prolongara cuatro años más su mandato. ¿Qué hacer ante eso?, ¿significaría esto que las campañas basadas en el *leitmotiv* del "cambio" equivocaron el objetivo pues no fueron capaces de conseguir la mayoría que pretendían?

En mi opinión el término "cambio" aplicado para designar las nuevas políticas en una situación de crisis como la actual es excesivamente corto y ambiguo. "Cambio" fue la consigna del PSOE en 1982, ni qué decir tiene que ahora está totalmente desfasada. Pero además, ¿de qué cambio estamos hablando? Si no se especifica su contenido, el término resulta vago y por ello ha terminado siendo usado por todas las candidaturas. El debate sobre el cambio que necesitamos incluye en primer término la cuestión de la democracia y de qué tipo de instituciones precisamos para hacer efectiva una democracia real: formas de participación, control del poder y de transparencia, rendición de cuentas, desborde de la mera gestión administrativa hacia la construcción de instituciones del común, amplias y permeables. En fin, puesta en cuestión de las formas políticas pacatas heredadas de la transición sin temor a llevar a cabo las necesarias transformaciones, incluidas las constitucionales. Con prudencia pero sin renunciar a la capacidad legislativa y normativa inherente a todo gobierno.

Urge pues transformar la política institucional; sin abandonar la gestión cotidiana de los asuntos públicos pero rechazando el fetichismo institucional en virtud del cual la herencia recibida debe ser preservada. Sin abandonar tampoco el pseudo-parlamentarismo de los debates con la oposición, cuyos dimes y diretes muestran escaso brillo dialéctico y contribuyen en exigua medida al bienestar general.

En su dinámica habitual las instituciones tienden a encerrar a los dirigentes políticos en su propio bucle, para salir del cual conviene pensar en una estrategia a medio plazo. Sería un desastre que todo lo acontecido en las plazas y calles desde 2011 se decantara solamente en una entrada de algunos de sus protagonistas en las instituciones sin alterar el comportamiento de las mismas. En ese caso, verdaderamente, la montaña habría parido un ratón.

Esa estrategia debería basarse en crear lazos múltiples con los movimientos sociales respetando su autonomía y fomentando sinergias que sean capaces de construir un nosotros colectivo realmente actuante. En él las instituciones deben actuar como una herramienta al servicio de la acción colectiva de transformación. Tenemos que ser capaces de dibujar un territorio de encuentro que nos permita inventar esas nuevas formas de instituciones del común, abiertas y participativas. Los cargos institucionales debemos ser sólo una pieza más en este puzzle.

De no ser así, el efecto político será escaso. Si la alternancia en el poder de los dos partidos mayoritarios constituyó unas élites dirigentes rotatorias, la ampliación de dos a cuatro hace más difícil la alternancia y el reparto de las cuotas de poder, exige pactos múltiples y aumenta la capa dirigente, pero no la pone en entredicho.

Ahora bien, para que esas transformaciones en la esfera de la política institucional sean posibles, es necesario que la conflictividad social aflore de nuevo en formas ya conocidas como fueron las mareas y las plataformas cívicas, o en formas todavía por inventar. Si eso ocurriera, los cargos institucionales municipales, autonómicos y estatales podríamos ser algo así como una porción de contrapoder que traslade el conflicto al interior de las instituciones, impidiendo el cierre de éstas sobre sí mismas y manteniendo abiertas las líneas de flujo. Es una posición esquizofrénica y muy difícil de mantener. Recordando a Deleuze, merece la pena no olvidar que esa especie de esquizofrenia es productiva, porque evita el cierre fascistoide de identificarse con el poder y mantiene abierto el espacio en el que puede irrumpir lo nuevo. La potencia que lo haga emerger será la potencia del conflicto social. Nuestro papel es el de contribuir a que el conflicto no se cierre en falso impidiendo nuevos avances.

Reconozco que esa tarea es complicada puesto que las instituciones suelen tener una lógica propia que es interiorizada por quien ocupa un cargo, especialmente en el caso de la izquierda. La derecha no suele tener ese problema puesto que identifica fácilmente su interés de parte con el interés general. Cosa que, aunque resulte paradójica, parece ser verificada por el apoyo popular que reciben sus propuestas. Estén o no de acuerdo con ellas, parte de la población entiende que marcan los límites de lo posible, que tal vez



serían deseables otras formas de sociedad pero temen las dificultades que una transformación más profunda podrían acarrear.

Con ello se construye una política del miedo de amplio alcance. Se instrumentaliza una pasión que es el peor enemigo de la innovación política y el mejor aliado del conservadurismo. Eso no obsta para que, en las condiciones actuales, la política del miedo sea un suicidio colectivo. Movimientos neofascistas acechan a la vuelta de la esquina y podrían capitalizar un descontento que no cabe en los estrechos límites de las formas políticas actuales. Por eso tenemos que transformarlas.

## Sebastián Martín

*Profesor de Historia del Derecho en la Universidad de Sevilla y miembro del Grupo Ruptura*

### *“Liderazgo democrático, hegemonía desde la cotidianeidad y proyecto solvente de país”*

1. Comencemos planteando varias prevenciones de partida. Vista la incertidumbre en la formación de gobierno y las sucesivas elecciones autonómicas, el ciclo electoral está lejos de haberse clausurado. No conviene, por otra parte, dissociar lo meramente electoralista, como actividad política bastarda, y lo ya noble y propiamente político. No es que ambos aspectos de la acción política sean idénticos; cada uno de ellos cuenta con sus ritmos, sus estrategias, su lógica interna. Pero no se trata de facetas separadas. Por el contrario, la eficiencia organizativa suele traducirse positivamente en elecciones, y el éxito en ellas permite mayor margen de actuación en el campo partidario. Por eso hay que cultivar con esmero ambos extremos.

Que el objetivo planteado de una victoria hegemónica en la izquierda estatal, hasta en el propio país, no haya sido alcanzado en la última cita electoral, no autoriza a tirar por la borda los indiscutibles logros conquistados. Basta con tomar el pulso a la reacción defensiva exhibida por la clase dominante y sus diferentes medios de expresión para calibrar el grado de importancia política conseguida. Hay, pues, varios elementos que, aun después del 26J, siguen resultando irrenunciables si se quieren conservar expectativas de dirección político-institucional. Mencionemos algunos de ellos.

La irrupción de Podemos ha rescatado un concepto de la política como contraposición de identidades y, por consiguiente, como lucha agónica por el poder. Con ello, ha permitido descorrer el velo interesado que recubría la legitimación simbólica de la vieja política como política del consenso, basada en la salvaguarda del interés general y en la ausencia de conflicto. Denunciando los efectos sesgados de esa política, y señalando sus pretensiones en caso de gobernar, ha vuelto a tener prestigio la idea democrática de que para proteger los derechos de la mayoría sigue siendo imprescindible limitar los privilegios de la minoría social y económicamente dominante.

Presentarse como ganadores con facultades para gobernar, proyectando sobre la población un perfil de “gran ambición”, ha constituido un valioso giro impreso por Podemos en la política de izquierdas. Hasta el momento, la izquierda tradicional había

sido, digamos, ontológicamente, una fuerza de "oposición", por jugar un papel eminentemente "negativo", de crítica racional frente a las agresiones a la dignidad humana. No debe descuidarse tampoco este flanco crítico en la izquierda, pero, recluida en él, estaba abocada a ser, por necesidad, formación de oposición.

La aparición de Podemos supuso también una mejora evolutiva de la izquierda al presentarse como formación abierta, fundada, más que en doctrinas y credos cerrados, en ciertas máximas de justicia comúnmente compartidas. Eso le permitía tener una ventaja competitiva respecto de la izquierda tradicional, pues en su código genético parecía estar la renuncia al "bizantinismo", a toda forma de "doctrinarismo" y de subordinación de la realidad de las circunstancias históricas a la sistemática de las teorías preconcebidas, actitudes que siempre conducen a la pasividad. Sin embargo, vista la rigidez doctrinaria que en algunos planteamientos comienza a cobrar la "hipótesis populista", aun a despecho de la coyuntura real, no podría asegurarse que Podemos esté del todo liberado de reproducir este viejo vicio de la izquierda.

Otra de las virtudes de Podemos a la que no conviene renunciar, aunque sí remodelar, es su capacidad de ser la "fuerza determinante" en la producción de los acontecimientos políticos debido a su "espíritu de iniciativa" y a su sentido de la oportunidad. Esta capacidad de sorprender con tácticas inteligentes marca el tiempo político, obliga al resto de formaciones a redefinirse y coloca al bloque de la izquierda, y a sus exigencias, en el centro de la escena. Hasta ese momento, la izquierda había sido eminentemente predecible en sus decisiones, propuestas y actitudes, lo que permitía encasillarla, marginalizándola, con facilidad. Bien cierto es que esa capacidad para sorprender y enmarcar la disputa política no siempre ha estado a la altura, y se ha materializado en actos y episodios cercanos a la ridiculez que han mermado la credibilidad de la formación, pero, en todo caso, se trataría de meditar mejor los actos sorpresivos, no de renunciar a ellos.

Existen factores, por tanto, que explican el aumento social y electoral de la izquierda a los que conviene dotar de continuidad. Hay otros elementos, sin embargo, que conviene rectificar, y otros, aun, que deberían añadirse al catálogo de las obligaciones por cumplir.

La principal razón por la que Podemos no ha conseguido llegar donde se proponía ha sido la siguiente: sobre la "gran ambición" de liderar el país han primado, en demasiadas ocasiones, las "pequeñas ambiciones" del oportunismo individual. Entre su objetivo originario de constituir un instrumento al servicio de la ciudadanía para desalojar de las instituciones a la élite extractiva y su praxis vertical, centralista y plebiscitaria se abrió

un abismo. El fin propuesto obligaba a abrir el partido de par en par a la ciudadanía competente para el cambio a través de mecanismos participativos. La práctica de las "listas plancha", las falsas primarias, los paracaidistas y las depuraciones alejaron irremediabilmente de ese objetivo. Y es que dicha práctica no constituyó, en realidad, un medio racional para alcanzar el fin que se decía pretender; fue más bien un instrumento para garantizar la constitución y pervivencia de un pequeño aparato cerrado de incondicionales, predecible y bien sujeto al control de la dirección orgánica. Los males de la burocratización, el anquilosamiento, el cierre y el oportunismo de servirse de la política para garantizarse medios de vida y de promoción social comenzaron prematuramente a predominar. A un bloque social representado por un grupo ciudadano independiente, con miembros marcados por su trayectoria, compromiso, solvencia y honestidad, lo sustituyó un grupo de amigotes, trenzado por vínculos personales más que políticos, movido por pequeñas ambiciones personales e incapaz de transmitir las dosis de credibilidad e independencia necesarias para dar un vuelco electoral decisivo. Su capacidad de representación del sujeto histórico del cambio se vio con ello seriamente dañada.

De este error originario, cometido en nombre de la eficiencia electoral aun cuando la mermaba, proceden tres inclinaciones que conviene rectificar en el nuevo ciclo.

La primera alude al centralismo sedicentemente democrático, que ha reducido la proyección pública de Podemos a una pequeña camarilla de líderes en torno a la cual se extiende un desierto. Uno de los méritos de Podemos en relación a la vieja Izquierda Unida fue aceptar la importancia central del liderazgo en la democracia mediática. Pero la forma exclusivista y elitista en que éste se ha materializado compone una manifiesta debilidad. Cada vez se hace más patente cómo el desgaste en el liderazgo de Pablo Iglesias, que no cesará de crecer, se contagia de inmediato a toda la formación. Manteniendo el acento colocado en la cuestión del liderazgo, conviene, pues, revisar su estatuto y sus funciones.

La segunda de ellas, consecuencia asimismo de la desviación primigenia, es la deficiente organización local y de base con que se cuenta. En lugar de permitir que ésta se asentase y consolidase en los sucesivos procesos electorales vividos, se optó en muchos casos por desplazar o sustituir a las estructuras existentes. La penetración de Podemos en las localidades pequeñas y medianas se vio con ello resentida.

La tercera trasciende la propia estructura organizativa de las fuerzas del cambio y se centra en la movilización social. Desde Vistalegre se trabajó disociando la protesta y la eficacia electoral, obviando que se trata de dos variables de correlación directamente

proporcional. La narcotización de la protesta en beneficio de un planteamiento estrechamente electoralista e institucional produjo un reflujo en las movilizaciones sociales cuyas consecuencias son cada vez más ostensibles. Si Podemos fue el resultado del 15M, una de las más intensas expresiones de movilización política vivida en España en las últimas tres décadas, prescindir de ella no ha podido menos que frenar su expansión. Es este otro de los puntos que conviene rectificar.

Así, en consecuencia, sin renunciar a los aciertos, es recomendable revisar ciertas desviaciones que recorren toda la trama de las fuerzas del cambio, desde la perspectiva del liderazgo hasta la sinergia con los movimientos sociales, pasando por el afianzamiento capilar de la organización.

A su vez, existen otros deberes dignos de ser añadidos, que, más que continuidad o revisión de factores existentes, imponen cierto giro sustantivo en la organización de las izquierdas. Urge en ellas un debate amplio sobre los principios de partida que deben adoptarse ante los desafíos políticos inminentes y, una vez fijados esos postulados, abrir otro proceso de debate, marcado por la solvencia técnica, que señale los medios prácticos más adecuados para alcanzar los propósitos apetecidos. Se trata de elaborar un "proyecto de país" congruente con los principios acordados y consecuencia de los medios técnicos y culturales identificados como más apropiados.

2. Al no partir de un diagnóstico catastrofista, sino de una moderada celebración de los resultados alcanzados, se apuesta, como se ha visto, por la enmienda parcial de ciertos hábitos y por la introducción de nuevos resortes y perspectivas.

Debería revisarse, como he adelantado, la cuestión del liderazgo, para aproximarle a uno de tipo estrictamente democrático, que pueda albergar en potencia el cambio que sugiere. Tal liderazgo no puede ser en exclusiva mediático, carismático o caudillista, y mucho menos excluyente o insustituible. Tampoco debe, por tanto, articularse con la sola búsqueda de la pasiva identificación emocional de las masas. Su materialización debe visibilizarse como encarnación de un bloque social, cuyo líder aparece flanqueado por un extenso equipo de pareja capacidad y proyección. Ese equipo, vanguardia del sujeto colectivo que apuesta por el cambio, no puede remplazar al sujeto representado, y mucho menos independizarse, en su discurso y en su praxis, de él. Por el contrario, debe entrar en una relación dinámica con él, exteriorizando sus necesidades y persiguiendo, no su sustitución, "objetivación" o paralización, sino su activación, su expansión, su eficiencia organizativa y la elevación de su cultura política. Hasta ahora, los intentos de flanquear a Pablo Iglesias, más que perseguir la constitución de esta

vanguardia plural y representativa, han pretendido amortiguar el desgaste sufrido por su histriónico liderazgo. En los últimos meses, sin embargo, comienza a corregirse esta tendencia, aunque la dirección públicamente visible, amén de autorreferencial, expresa cierta homogeneidad de clase y procedencia que merma su representatividad y su afán de capitanear a la "plebe".

También debe afianzarse la organización local para garantizar una mayor penetración social. Esa organización política no debe significar, en exclusiva, la constitución de un nuevo aparato orgánico desde abajo, sino la construcción de un espacio de socialización y de formación política a través de la experiencia cotidiana. En ese espacio debería hacerse patente, para los sujetos que lo integran, una visión común de la sociedad, de la posición que en ella ocupan y de los horizontes posibles de transformación. En él tendría que comenzar a llevarse a la práctica, en dimensión embrionaria, el cambio al que se aspira. Por eso la organización ha de constituirse como espacio autónomo que permita la satisfacción de ciertas necesidades a través de vías igualitarias, y que logre también la elevación del nivel cultural de sus miembros. Solo la experiencia de pertenecer a, y participar en, una organización de este corte –que algunos llaman "movimiento popular"– es capaz de construir nuevas identidades políticas estables y de formar un sujeto colectivo transformador, es decir, de ser históricamente decisiva. Esta labor solo puede acometerse en intensa colaboración con otras organizaciones ya existentes, desde partidos y sindicatos a asociaciones, cooperativas y colectivos civiles. A la tarea de forjar una organización así concebida se añade, pues, la de tejer una completa red tendente al cambio, que recorra todos los flancos (económico, cultural, educativo...) de la sociedad.

Por último, la relación negativa con la movilización social y la protesta debe rectificarse. El tipo de organización antes esbozado es ya proclive a reactivar esa relación, que no puede limitarse a la presencia ratificadora de los líderes en las diferentes iniciativas movilizadoras planteadas desde fuera. Debe ser asimismo una relación de impulso y colaboración con los movimientos sociales, así como una labor de dirección e incentivo de la movilización en sí.

Todo esto por lo que hace a las líneas que conviene enmendar. En cuanto a las nuevas obligaciones, cumple, en primer término, colocar en la agenda la necesidad de un replanteamiento de principio en la encrucijada actual. Uno de los dilemas a los que debe enfrentarse la izquierda es el de decidirse entre el reflujó identitario de la soberanía nacional, cabalgado en muchos países por la derecha fascista, o la apuesta cosmopolita por internacionalizar las conquistas del constitucionalismo democrático. Ambas vías

exigen procedimientos y estrategias diferentes, e incluso opuestas, y quizá no convenga continuar en la indefinición y la ambigüedad respecto de las mismas que caracteriza a las izquierdas a día de hoy.

Una vez fijadas las posiciones de partida, deben identificarse los medios racionales para alcanzar los fines propuestos. Ya se está produciendo en este punto un saludable debate sobre la perspectiva desde la cual actuar, si desde el populismo democrático o desde el republicanismo. Hallar puntos de síntesis, inclusivos y eficientes, es un primer desafío a este respecto, de naturaleza eminentemente teórica. Pero existe también necesidad de aislar propuestas prácticas técnicamente viables. En el nuevo calendario, la izquierda debería diseñar un proyecto de país creíble y meditado, ajeno a los eslóganes grandilocuentes y las buenas intenciones, consciente de los límites jurídicos e institucionales existentes en el país y en el contexto político y económico internacional. Deben precisarse las reformas planteadas en materia de trabajo, industria, educación, universidad, pensiones, administración, justicia o transparencia, por mencionar solo algunos puntos. Para ello se requiere un equipo extenso, transversal y activo de cuadros, que la izquierda tiene el deber de reclutar, organizar y dirigir, también con la finalidad de formación de sus propias bases. Y el campo de análisis de esos cuadros debe ser el jurídico, sociológico y económico comparado, más que el de la teoría política.

## Albert Noguera

Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Valencia y miembro del Grupo Ruptura

*“La inevitable reapertura a corto plazo del espacio social no puede operar como un mientras tanto entre momentos electorales sino como espacio constituyente de algo nuevo”*

Los espacios desde el que las clases populares pueden llevar a cabo procesos de democratización y ampliación de derechos son siempre cambiantes en función del momento histórico, estos transitan entre el espacio político-institucional, el espacio jurisdiccional y el espacio social.

1. *Cierre de los espacios político-institucional y jurisdiccional.* Por un lado, nos encontramos que si bien durante estos últimos años se abrió una oportunidad para transitar hacia el espacio institucional, especialmente con la ilusión generada los días previos al 26-J, los resultados electorales o los previsibles en caso de terceras elecciones, cierran definitivamente la posibilidad, a corto plazo, de operar procesos democratizadores desde este espacio.

Por otro lado, el cierre del espacio político-institucional se ha suplido, históricamente, en otros países, con el espacio jurisdiccional. El único espacio en el que, en muchos lugares, los ciudadanos han podido depositar sus esperanzas de protección de los derechos no ha sido el de los políticos sino el de los jueces. Lo jurisdiccional se ha conformado, en ocasiones, en el único campo desde el que oponerse a unas instituciones incapaces de encarnar ninguna lógica democrática. Ello implica una reordenación de funciones entre legislación, jurisdicción y ciudadanía que lleva a los jueces a tener que asumir la función representativa de los ciudadanos a pesar de que su legitimidad no deriva directamente de una investidura procedente de la soberanía popular. Sin embargo, el carácter conservador de una mayoría de la judicatura española y el control gubernamental del TC, cierra también por completo este espacio.

2. *La reapertura del espacio social pero ¿bajo qué forma?* Es hoy una opinión compartida por muchos la necesidad de retornar a las calles y a la movilización. Que ello se produzca es inevitable. La conformación de un Gobierno neoliberal, sin o con



terceras elecciones, y la incapacidad de hacerle frente desde los espacios político-institucional y jurisdiccional, acabará por desplazar, inevitablemente, la oposición a la calle, reabriéndose a corto-medio plazo el espacio social. Ahora bien, la cuestión clave aquí es bajo qué forma se reabre el espacio social: como "tiempo de espera" o como "espacio constituyente".

En el primer supuesto ("tiempo de espera"), el desplazamiento de la acción política al espacio social actuaría como un "mientras tanto" entre ciclos electorales, como un desplazamiento temporal que actúe como simple "tiempo de espera" y ritualismo movilizatorio de desgaste político del Gobierno y creación de cuadros a ser cooptados más tarde, para regresar luego con la llegada de las elecciones a la canalización y expresión de la acumulación de fuerzas en el apoyo electoral a las mismas siglas partidistas y a las mismas caras profesionalizadas en la industria de la representación. Este es un falso desplazamiento al espacio social.

En el segundo supuesto (espacio constituyente), el desplazamiento del centro de acción al espacio social operaría como tiempo de lucha a la vez que como nuevo momento instituyente del que emergiese un nuevo sujeto colectivo con: a) nuevas siglas y múltiples caras diferentes; b) nuevas formas de estructuración y organización horizontales diferentes a la del partido tradicional; y, c) una identidad y programa que no sea nostálgico de la socialdemocracia como utopía regresiva, prometiendo un imposible retorno al pasado para recuperar los viejos derechos, garantías y tutelas perdidas del Estado social de la segunda mitad del s. XX, sino con un nuevo relato de los derechos unido, necesariamente, a una reconfiguración y adaptación de las prácticas de garantía de los mismos. Este último es el único desplazamiento real al espacio social y el único que ofrece la posibilidad de volver a abrir una nueva oportunidad de derribar el régimen del 78 y de transformar.

3. *¿Por qué el retorno al espacio social debe operar como espacio constituyente de algo nuevo?* Podemos ha transformado, en el estado español, los viejos imaginarios culturales que limitaban a la izquierda a una función defensiva, de resistencia, instituyendo nuevos imaginarios donde la izquierda pasa a concebirse a ella misma y por otros sectores sociales con opciones de ejercer una función de ofensiva. Sin embargo, hecha esta transformación cultural, los acontecimientos han hecho que Podemos ya no sea un instrumento útil para materializar tal fin.

El elemento que permitió, en su momento álgido, la identificación de amplios sectores no politizados de la población con Podemos no fue el maquillaje de su discurso, es

bastante ilusorio pensar que la gente es idiota y la puedes engañar haciéndola creer que no eres de izquierdas ni derechas en un momento de la Historia donde internet publicita la trayectoria política pasada de gran parte de los líderes podemitas. Todo el mundo sabe que Podemos es de izquierdas.

La simpatía que mucha gente despolitizada sentía por Podemos venía dada, en gran parte, no tanto por el discurso sino por la fuerte imbricación de su estructura (los círculos) con lo social y la humanización de sus candidatos (gente de a pie, precarios, trabajadores, jubilados, etc.). Ello abrió en mucha gente desencantada de la política una esperanza de reordenación de las relaciones entre electores y elegidos que les generó ilusión, confianza y acercamiento al proyecto.

Muy poco de este segundo elemento de atracción queda ya en el Podemos de hoy que en lugar de redefinir las viejas relaciones entre electores y elegidos ha pasado rápidamente a reproducirlas.

Los líderes de Podemos debaten en las redes sociales acerca de que discurso les permitiría "seducir" mejor al electorado, si uno más transversal o uno más anclado a la izquierda. El problema de la capacidad de "seducción" no es sólo una cuestión de lo que dices, de fraseología, de hacer un discurso u otro, sino que es también una cuestión de lo que eres o lo que has dejado de ser.

Despojado del valor añadido que la imbricación con lo social y la no profesionalización política de los candidatos le daba para la "seducción", pero también para la transformación (no hay que olvidar que el Poder no es un fin sino un medio y que la naturaleza organizativa y sociológica del sujeto político que toma el poder determina directamente las formas de gobernar y transformar), Podemos ha perdido mucho de su potencial como instrumento político.

Ello hace que la estrategia la izquierda no puede ser perpetuar, a toda costa, un instrumento debilitado.

La estrategia no puede ser fortalecer la estructura de partido entendido como órgano de Estado con funciones de designación de cargos y control parlamentario, a la vez que se entiende la relación con lo social de acuerdo con la vieja tesis leninista de las organizaciones como correa de transmisión del partido. Es decir, un partido que utiliza a los movimientos sociales, manteniendo la movilización bajo su control y dentro de las pautas y criterios previamente diseñados por éste, como masa de maniobra para presionar y poder condicionar una u otra decisión política, así como para acumular fuerzas con el que afrontar las próximas elecciones. Cuanto más partido devenga el partido, más "simpatías" sociales y potencial transformador va a perder.

La estrategia de la izquierda institucional, por el contrario, debería ser aprovechar la próxima reapertura del espacio social, para fortalecer, transitar y disgregarse en un nuevo instrumento político que surja del seno del nuevo ciclo mobilizadorio, con caras nuevas, con esquemas organizativos horizontales y descentralizados y con un discurso centrado en un nuevo relato de los derechos. Esta es la única opción para volver a ilusionar a mucha gente que se ha perdido y para volver a adquirir potencial transformador.

## Jaime Pastor

Profesor de la UNED, editor de Viento Sur y miembro de Podemos

*“Construir un bloque histórico contrahegemónico, plurinacional y popular, que tenga como horizonte la aspiración a la ruptura con el régimen y con la UE”*

1. Aunque en estos momentos todavía se mantiene la incertidumbre sobre la formación de un nuevo gobierno –ya sea del PP o, aunque menos probable, del PSOE- o la posible convocatoria de unas terceras elecciones de ámbito estatal en diciembre, sí parece evidente que con los resultados del pasado 26 de junio se cerró el ciclo electoral a través del cual la dirección de Podemos, esta vez junto con distintas “confluencias” y en coalición con IU, aspiraba a realizar el “sorpaso” al PSOE y postularse para presidir un nuevo gobierno del “Cambio”.

Aun reconociendo que no existe certeza “científica” sobre los factores que pueden ayudar a explicar por qué esto no se ha producido, considero que tiene que ver con el contexto de relativa desmovilización social vivida desde mediados de 2013 y con la contraofensiva del *establishment* frente a Podemos, pero también con los límites de la estrategia política, discursiva y organizativa llevada hasta ahora. Esta se ha caracterizado por una evolución que ha llevado a ir abandonando la idea fuerza que fue emergiendo a partir del ciclo de movilizaciones iniciadas el 15M de 2011: la necesidad de una ruptura democrática con el régimen y con las políticas austeritarias dictadas desde la Unión Europea. En lugar de eso, se fue apostando por una “hipótesis populista” en torno a un “Cambio” cuyo contenido se fue diluyendo para acabar convirtiéndose en “echar al PP” de las instituciones y del gobierno central; una deriva que además condujo al abandono práctico del discurso inicial contra “la casta” a medida que se ha ido convirtiendo al PSOE en un potencial aliado para formar un “gobierno de progreso”. Se fue renunciando así a la idea de ruptura constituyente y, simultáneamente, como se pudo comprobar en las negociaciones desarrolladas entre el 20D y el 26J, se fue moderando también la respuesta a la austeridad ordoliberal de la UE bajo los efectos de la capitulación de Tsipras en Grecia frente a la deudocracia. Cabe matizar que hubo un cambio parcialmente positivo con el reconocimiento explícito del “derecho a decidir” concretado en un referéndum sobre la independencia- de Catalunya tras las elecciones

autonómicas en esa Comunidad el 27S de 2015, pero sin que por ello se cuestionara la continuidad de un discurso patriótico español basado en la idea de "Nación de naciones" y en la defensa de la "unidad de España".

El modelo organizativo de "máquina de guerra electoral" adoptado en la Asamblea de Vistalegre en otoño de 2014 también ha demostrado su creciente ineficacia para el objetivo fijado de "ganar" y gobernar. La opción por centrarse en un liderazgo plebiscitario, basado en la relación con el conjunto de la afiliación y del electorado a través de los medios de comunicación y las redes digitales, en la construcción de una organización vertical y centralizada (con sistemas mayoritarios para la elección de los Consejos) y el vaciamiento de competencias de los Círculos, ha ido generando una creciente autonomización del equipo dirigente de Podemos, una larga lista de conflictos internos –incluso en la propia cúpula– y dimisiones, así como, sobre todo, un distanciamiento respecto a sus propias bases y simpatizantes. Quizás la Marcha del Cambio del 31 de enero de 2015 puede considerarse como un punto de inflexión en el que se desaprovechó el éxito de la convocatoria para proponer un nuevo tipo de relación más dinámica e interactiva entre la actividad electoral y la que había que desarrollar implicando a los centenares de miles de personas que acudieron a esa convocatoria en un esfuerzo compartido por alcanzar un anclaje en los territorios que sigue siendo muy frágil.

2. Ante todo, hay que reconocer que estamos en un momento político en el que, como estamos viendo, pese a la capacidad de resistencia del PP y, aunque en menor grado, del PSOE, la crisis de régimen sigue abierta, ya que no olvidemos que no se trata únicamente de una crisis de representación política sino de la que afecta al "Estado social y democrático de derecho", claramente asociada además a la que atraviesa la UE. A esto se añade la particularidad de la crisis del Estado autonómico, no solo debida a la recentralización en marcha sino, sobre todo, a su impugnación permanente desde al menos 2012 por un movimiento soberanista-independentista plural en Catalunya que reclama el derecho a la libre decisión de su futuro y a un proceso constituyente propio que culmine en una República catalana. Todo ello, además, en el marco de una crisis civilizatoria global que exige ir más allá de propuestas nekeynesianas apostando por programas de transición que garanticen la sostenibilidad de la vida en el planeta.

Estamos entrando, por tanto, en un período en el que o avanzamos hacia una intensificación de prácticas destituyentes e instituyentes en un sentido democratizador radical en todas las esferas, o se irá imponiendo desde arriba un cierre en falso de la

crisis de régimen, ya sea bajo un gobierno del PP o del PSOE, mediante nuevos pactos entre los partidos "constitucionales" que, pese a sus discursos "regeneracionistas", vayan en un sentido más austeritario, oligárquico y centralista.

Con todo, la gran limitación con la que nos encontramos para caminar en el primer sentido apuntado sigue siendo, con la particular excepción catalana y de algunas luchas parciales, la ausencia de un nuevo ciclo de protesta y de autoorganización de las clases subalternas que acompañe a la actividad institucional lograda por Unidos Podemos y formaciones potencialmente afines como ERC, EH Bildu o la CUP, condición necesaria para ir modificando la relación de fuerzas actual e ir desbordando esos proyectos de autorreforma del régimen.

Se hace necesario, por tanto, abandonar la "hipótesis populista" sin por ello renunciar, todo lo contrario, a la construcción de un bloque histórico contrahegemónico, plurinacional y popular, que tenga como horizonte la aspiración a la ruptura con el régimen y con una UE que desde hace ya tiempo, recurriendo incluso a los términos de uno de sus defensores y críticos a la vez, Jürgen Habermas, se ha convertido en una "posdemocracia oligárquica". Un bloque en cuyo proceso de formación han de tener protagonismo las clases subalternas y el empoderamiento popular que se vaya forjando gracias a las nuevas herramientas sociales, sindicales y culturales que puedan ir surgiendo en este nuevo período, tomando como ejemplo experiencias como la PAH y revitalizando otras como las Mareas, las Plataformas por la Auditoría Ciudadana de la Deuda y otras similares o que puedan surgir en el futuro.

Todo esto no tiene por qué suponer dejar de esforzarse por aparecer como alternativa de gobierno, como se está haciendo desde los ayuntamientos del "cambio", aun con las contradicciones que ya estamos viendo entre la tendencia al "gubernismo" y la urgencia de sentar las bases de una "nueva institucionalidad" frente al acoso permanente de las fuerzas del *establishment*. Esa aspiración a demostrar voluntad de no limitarse a ser oposición parlamentaria, legítima en un período en el que se va a hacer difícil la "governabilidad" de los partidos del régimen, exige ser consciente de la naturaleza de clase de las instituciones del Estado y de la necesidad de contribuir a la puesta en pie de contrapoderes sociales; más concretamente, habría que evitar falsos atajos que conduzcan a acuerdos que supongan convertirse en fuerza subalterna del PSOE adaptándose, por ejemplo, a las "líneas rojas" de esta formación en su obediencia a la deudocracia o su rechazo al referéndum catalán. Debemos sacar las lecciones de lo ocurrido en Grecia para abrir un debate sobre la necesidad de desobedecer a los dictados del capital financiero transnacional y del Sistema Euro, así como insistir en que

la realidad plurinacional dentro del Estado español exige el reconocimiento del derecho a decidir de los distintos pueblos que lo puedan reclamar ahora o en el futuro.

En el plano organizativo, deberíamos apostar por la conversión de Podemos en un partido-movimiento que a su vez se vaya confederando con las distintas formaciones que puedan surgir de las "confluencias" existentes hasta ahora. Caso particular sería el de IU, con la que, respetando su propia autonomía, podría seguir funcionando un modelo de coalición que en el futuro permitiera avances mayores. En el caso de Podemos debería producirse un cambio radical respecto al "modelo" practicado hasta ahora, buscando poner en pie una organización no jerarquizada (sin negar por ello el papel de los liderazgos corales, paritarios y plurales) ni centralizada (eliminando también la figura de Secretarías generales a todos los niveles), federal y/o confederal según lo que se decida en cada ámbito territorial y con mayores competencias para los Círculos, en interacción con los Consejos y en relación estrecha con los grupos municipales y de los parlamentos autonómicos; todo ello acompañado por una serie de medidas dirigidas a frenar la tendencia inherente en toda organización a su burocratización interna y a la subordinación de la movilización social y del propio partido a la actividad institucional y a la cultura de la "realpolitik" predominante en ella.

## Andrés Piqueras

*Profesor de Antropología en la Universitat Jaume I y miembro del Grupo Ruptura*

La representación es la forma de organización política de la sociedad capitalista. De ahí que las elecciones reflejen la relación inmediata de la sociedad con el Estado (entendido éste como el complejo de instituciones que gobiernan, administran y gestionan la vida social).

Por eso la sociedad capitalista no forma comunidad, no forma *pueblo*, sino "población" o sumatorio de individuos aislados, formalmente "libres" e "iguales", como entes independientes y separados unos de otros.

La representación política se basa en una ilusión, el *ciudadano* o *ciudadana* como ser libre e igual al resto ("ilusión" que invierte la realidad, en la que priman los individuos sometidos al despotismo de las relaciones de trabajo -en la fábrica, la empresa, la oficina, el "hogar", el Banco...-, donde la democracia es pura quimera).

Si la población es una suma de ciudadanos que delegan su soberanía al hacerse representar por otros (al conceder que otros representarán sus intereses dentro del Estado), las elecciones son la forma primordial de relacionarse la sociedad con el Estado. Miden el grado de subordinación de la masa de individuos-ciudadanos. También el posible grado de desafección. Así, los sistemas políticos "reflexivos" del tardocapitalismo, que "consultan" a la población, reciben de ella una información muy útil para modificar (dentro de los límites que marca la relación de clase) estrategias de dominación y control social.

Pero precisamente para las clases subalternas es imprescindible trascender el campo institucional, de la política pequeña. La política institucional es donde está el poder formal del capital y se encauza la pretendida "representación" social; hace las veces de un comportamiento estanco que aísla de la Política con mayúsculas (donde cobra vida realmente la *materialidad* del poder del capital), y que se lleva a cabo en todo el *metabolismo social* propio del modo de producción capitalista, a través de procesos mediante los que se construye, decide y regula la producción, la distribución, el consumo y, en conjunto, el devenir social, las oportunidades de vida y las posibilidades de participación y protagonismo de unos u otros seres humanos o sectores sociales.

Por eso, el principal objetivo del Capital en cuanto a la tan manida "*gobernanza*", consiste en reducir la Política a mera gestión administrativa o "ingeniería social", y



puede decirse que el neoliberalismo-financiarizado ha hecho grandes logros al respecto, llevando a sus cumbres más altas la utopía smithiana, de sustituir la Política y el contrato social por el Mercado (una sociedad auto-representada a través del Mercado). Por eso resulta tan apreciable para el orden capitalista que las "multitudes" identifiquen la Política material con la política institucional, descartando aquella junto con ésta, y "deleguen" la actividad política a profesionales, desinteresándose de las vertientes activas o participativas de la misma. La clase dominante promueve elevadas dosis de apatía e ignorancia políticas, así como de falta de compromiso con los asuntos colectivos de cada comunidad o sociedad. Lo que a la postre desemboca en la dilución del vínculo social.

Cuando los movimientos y organizaciones sociales y políticos priorizan el campo de la política pequeña, el de la delegación y el de la representación, no sólo están reproduciendo también la falta de participación y compromiso políticos de la sociedad, sino que están moviéndose en el pantanoso terreno del enemigo de clase, cuyas instituciones responden primeramente (aunque no exclusivamente) a su poder de clase. Por eso, a ese pantanoso campo de batalla política sólo se puede acudir cuando has levantado una fuerza social lo suficientemente importante como para tener un verdadero respaldo, como para que la presencia institucional sea sólo la expresión fideicomisaria de una parte significativa de la población hecha *pueblo*, hecha sujeto(s) colectivo(s).

En todo caso, la micro-política puede ser válida también cuando se interviene en ella para generar las condiciones y la extensión de la conciencia que ayude a levantar esa fuerza social y a construir sujeto o sujetos colectivos. Pero para eso la labor institucional sólo puede ser un apoyo y a la vez una traducción del trabajo prioritario hecho en la sociedad, en la arena de la Política en grande. Ha de estar subordinada a ésta y no al revés.

A la postre, la cuestión crucial de la delegación-representación consiste bien en mantener una relación vertical con la población convertida en masa o multitud, que es dirigida desde lo institucional y delega en terceros las posibilidades de cambio, o bien ser parte de un pueblo multiplicado en numerosos sujetos colectivos, con los que se mantiene una relación horizontal, de fideicomisariado permanentemente sometido a revisión o revocación.

Porque los procesos *populares* son construidos desde los propios sujetos de emancipación y por tanto co-implicados con una mayor autonomía de los mismos. Aquí radica su diferencia fundamental con los procesos *populistas*, que son heterónomos,

implican una construcción externa, vertical a las personas. Es decir, no las empodera<sup>2</sup>. Y si las personas no confluyen en sujetos colectivos activos, no entrañan *fuerza social*. Y sin fuerza social no hay posibilidades fehacientes de transformación social.

La priorización de la vía electoral delegativa termina por tanto abocando a esa impotencia.

Para como hoy el espacio institucional, de la micro-política, está prácticamente cerrado como vía de cambio. Y está cerrado por dos cuestiones coyunturales de fondo, que se vienen a sumar a las inherentes a la propia dinámica de la democracia liberal (en donde todo está dispuesto para que unas minorías automáticas pasen a considerarse "mayorías sociales" y permitan gobernar a la clase dominante, bien sea directamente, bien a través de sus delegados o representantes políticos, bien por una combinación de ambos –que se presentan en paquetes o listas cerradas, con pesos circunscriptoriales desproporcionados, y con apoyos financieros, mediáticos y del Estado más desproporcionados todavía-). Las razones de peso de la actual coyuntura son sobre todo dos:

- 1) El capitalismo terminal en el que estamos ha constitucionalizado, es decir, ha blindado, las miríadas de dispositivos capilares (socioeconómico-políticos neoliberales) en que basa y regenera su Poder por todo el metabolismo social.
- 2) Ese blindaje va de la mano de un sistemático debilitamiento de las capacidades de regulación social expresadas a través del Estado. Esto quiere decir que los mecanismos de explotación y mando del capital se transnacionalizan (y a veces se insertan en el Estado-región, cuyo ejemplo más avanzado es la UE), mientras que las posibilidades operativas de las diferentes fuerzas de trabajo se mantienen ligadas al nivel local. De esta manera se logra trascender el marco de relativa democratización del Estado (propio del "capitalismo keynesiano") al que habían conducido las luchas sociales históricas, para hacer la política desde instituciones supra-estatales donde aquellas luchas no llegan. La transnacionalización del capital debilita también la capacidad negociadora de la fuerza de trabajo en todos los ámbitos (laboral, social y político).

---

<sup>2</sup> La micro-política tiene además el riesgo, como nos recordaban hace poco Modonesi y Svampa sobre los procesos progresistas ("rosa") latinoamericanos (<http://www.alainet.org/es/articulo/179428>), de convertir la irrupción plebeya en una deriva populista. La primera es la forma en la que se suelen manifestar l@s exclud@s colectivamente para expresar sus demandas, lo que puede ser denominado como "la política de la calle". En cambio el populismo, a menudo acompañado del cesarismo, se convirtieron en dispositivos desarticuladores de los movimientos desde arriba. Absorbiendo a sus principales líderes y clientelizando a los movimientos y organizaciones populares.

Por eso este capitalismo terminal no necesita abolir formalmente la democracia liberal, porque la ha vaciado de contenido. Ha conseguido la práctica anulación de la política.

Si además de ello nos tomamos en serio lo que significa el término "terminal" o "degenerativo" que califica el capitalismo actual (a falta de un cada vez más improbable ciclo largo expansivo de acumulación y/o de un pronto milagro energético), debemos hacernos a la idea de que vivimos no solamente un cambio de fase, sino que probablemente estemos en el umbral de un gran colapso sistémico e incluso civilizacional.

Los síntomas terminales del capitalismo ya se han hecho notar: un crecimiento que empieza una elíptica descendente, tasas de ganancia que decaen y son incapaces de recuperar la dinámica anterior, acusada falta de inversiones productivas. Con ello la riqueza social se contrae y con ella también las posibilidades de redistribución o reparto. Con lo cual las posibilidades de reforma social se desbaratan.

Un sistema en degeneración deja de desarrollar fuerzas productivas (y sí en cambio las destructivas), deja de ofrecer posibilidades de vida satisfactorias a las poblaciones y deja de albergar la posibilidad de reformarse.

Esto quiere decir que ya no nos valen las reglas del capitalismo "democrático".

Y eso requiere romper con el 'chip' reformista y la visión de un capitalismo regulado, auto-regenerativo, social (el capitalismo de hoy destruye sociedad). Y prepararse para enfrentar un capitalismo mucho más despótico, que primará cada vez más las políticas de muerte (*tanatocapitalismo*).

Eso exige preparar de un modo u otro la Ruptura desde abajo. Y ésta sólo se podrá hacer desde la construcción popular. Para romper también con la verticalización populista.

Por eso es imprescindible reconstruir una *izquierda integral* que actúe en todos los terrenos en los que se reproduce el Poder metabólico del Capital y que por tanto haga de la Política en grande su objetivo principal<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Aquí podría hablarse del ser revolucionario, pero entendemos como válido aludir a la "izquierda" en cuanto que *izquierda integral*, para trascender la incorporación de la izquierda como uno de los dos lados del orden constitucional del capital. Distinguiéndola, así, de la *izquierda integrada* en el orden capitalista que tuvo su primera expresión como izquierda liberal y más tarde como socialdemócrata (pero que terminó incluyendo también a muchos partidos comunistas). Tendremos entonces que precisar que *ser de izquierdas* no es una cuestión de declaraciones, sino de capacidad de desarrollar estrategias y praxis transformadoras en cada fase del capital. Quienes en un momento dado fueron de izquierdas, en concordancia con una determinada expresión o fase del capital, pueden haberse quedado al margen de esa condición si en una fase posterior han perdido su capacidad de desmontar y atacar la realidad (es decir, se diluyó su capacidad transformadora o proyectiva), o si no han sabido recoger las nuevas líneas de fractura de clase que incorpora la conciencia social colectiva (de dominación y explotación entre sí de los seres humanos en sus polimorfos expresiones, y las provenientes de la relación sistema social-ecosistema).

Estas consideraciones deberían tenerse en cuenta para salvarnos del actual idiotismo supuestamente "apolítico" que propone sin cesar hacer transformaciones más allá del eje "izquierda-derecha". Lo cual no quiere decir, por otra parte, que se deje de integrar la clave epifenoménica "arriba-abajo", pues es la más identificable y perceptible a simple vista y, por tanto, la

Para ello es imprescindible recuperar autonomía estratégica (y no meras tácticas más o menos electoralistas o efectistas de coyuntura), la cual pasa necesariamente por reconstruir un referente universal altersistémico, socialista. Ineludibles ambos pasos, a su vez, para reconstituir las posibilidades transformadoras en esta "fase larga de coyuntura".

# Benet Salellas

Abogado y diputado de la CUP-CC

*"La calle es tensor y garantía de la ruptura, tan solo desbordando las instituciones la conseguiremos"*

El 26-J arrojaba en Catalunya unos resultados electorales radicalmente distintos a los expresados en el conjunto del Estado. La suma de las tres listas que apuestan –al menos retóricamente- por la ruptura del régimen del 78 (En Comú-Podem, ERC y CDC) sumaban el 56,6 % de los sufragios (casi dos millones) haciendo subir un punto el sumatorio en relación al 20-D (55,78 %). Si de lo que se trataba era de avalar en votos el cambio de régimen, en Catalunya ese resultado electoral existe.

Exactamente un mes después, el 27 de julio, el Parlament de Catalunya aprobaba, tras seis meses de comparecencias, las conclusiones de la comisión de estudio del proceso constituyente con el objetivo de establecer la metodología a utilizar para consumir el dicho proceso en sus fases preconstituyente y constituyente. La votación vino precedida por una prohibición de la misma ordenada por el Tribunal Constitucional, quién advertía a la mesa de la cámara de la imposibilidad de permitir el debate y las posibles responsabilidades en caso de autorizarlo. En la votación sobre si se permitía el debate y la posterior votación votaron *sí* Junts pel Sí (ERC+CDC+independientes) y la CUP, votaron *no* PP, PSC y Ciudadanos y se abstuvo CSQP (Podem+ICV+EUiA) (!). En la votación sobre las conclusiones votaron a favor Junts pel Sí y la CUP y votaron en contra CSQP, absteniéndose PP, PSC y Ciudadanos. Si de lo que se trataba era de avalar institucionalmente el cambio de régimen y empezar a discutir en las instituciones sobre proceso constituyente, esto pasa en Catalunya, desobedeciendo el Tribunal Constitucional e incluso con los votos en contra de la gente de Podem.

Des de la complejidad de la situación catalana, y aparcando en este momento muchos otros debates sempiternos como el del papel de la burguesía catalana en el proceso de independencia –apriorismo que para algunos actúa a modo de cloroformo para el resto de expectativas y sirve para blindar mientras tanto el régimen monárquico-, estos dos hechos recientes nos sirven para formular dos preguntas que pueden servir para el debate planteado tanto en sede estatal como catalana: 1) ¿Cómo conquistamos las instituciones para ponerlas al servicio de la ruptura? 2) ¿Es suficiente detentar el poder institucional para conseguir transformarlo?

El escenario institucional-electoral planteado hoy en Catalunya es fruto evidentemente de las consecuencias de las crisis económica, institucional y social agudizadas a partir de 2008 y de la respuesta ciudadana que les plantó cara. Esta respuesta se ha caracterizado por el protagonismo de espacios de contrapoder, si se me permite el término, contruidos desde las calles, horizontales, políticos y politizadores pero apartidistas, algunos nuevos como la PAH o las *mareas* y otros que vienen de lejos pero con un nuevo papel como Òmnium Cultural –hay que recordar que la manifestación del 2010 contra la sentencia del TC sobre el Estatut y que sobrepasó los políticos por primera vez a gritos de *independencia!* fue convocada por esta entidad fundada en 1961 en la clandestinidad y en la actualidad con cerca de 58.000 personas socias-. En nuestro caso, este nuevo embate desde abajo se ha nutrido obviamente de las existentes estructuras asociativas y de movimientos importantísimos como el feminista, el ecologista, el anticapitalista, el educativo y la izquierda independentista, entre otros.

Nadie podría entender la capacidad transformadora y de ruptura de las fuerzas políticas que tienen mayoría hoy en el Parlament de la Ciutadella sin reconocer el poder arrollador que han tenido los movimientos sociales y populares que a principios de la presente década iniciaron una labor de agitación, movilización y empoderamiento de la ciudadanía. De allí la agenda política que plantea la superación del actual estado de cosas y la construcción de un nuevo marco que en Catalunya se esboza alrededor de la idea de República Catalana. Los actores extrainstitucionales con amplio apoyo popular son los que han *estresado* las fuerzas del régimen desde la doble vertiente de soluciones a las crisis y de solución al techo autonómico de soberanía: buena muestra de ello es que algunas se han partido (CiU, UDC y el PSC), otras han quedado diluidas (como ICV-EUiA) y todo ello ha acabado configurando un legislativo muy alejado de los anteriores.

Ahora bien, reconocido una vez más el protagonismo de esa fuente de transformación y de creación de mayorías sociales que son las calles movilizadas me parece que hay que empezar a aceptar que la focalización de tanto esfuerzo en la lucha institucional está agotando estos espacios populares, seguramente diezmados también por la cooptación de muchos de sus activos personales. También la batalla por el control de estos espacios por parte de los partidos políticos contribuye a anestesiar los procesos de ruptura. En Catalunya, el caso de la ANC es paradigmático. Es urgente inyectar el antídoto.

Por ello hay que construir estructuras políticas que puedan combinar el trabajo institucional con el papel movilizador y agitador, sin que pueda establecerse jerarquía entre ambos ámbitos. Deben existir y deben relacionarse pero no pueden sucursalizarse ni utilizarse únicamente como cantera para confeccionar listas y para fines electoralistas, tal como ha venido haciendo la izquierda institucional desde el 78. A nosotros nos interesan unos movimientos políticos fuertes fuera de las instituciones que marquen agenda política, que construyan discurso, que fiscalicen las instituciones –incluidos todos los actores políticos–, y que vayan tejiendo músculo para asumir los embates que nos planteen los poderes custodios del *statu quo* precisamente en el momento en el que intentemos superarlo.

Porqué –y aquí viene la segunda pregunta– detentar el poder en las instituciones cuando se pretende algo más que la reproducción de las relaciones económicas y de poder existentes requiere de algo más que una victoria electoral. Me atrevería a insinuar que muchas de las alcaldías ganadas el pasado mayo “por el cambio” han llegado ya a esta conclusión. Tener el poder institucional no significa tener poder para transformar si la institución no va acompañada de un contrapeso popular que, bajo multitud de formas– contrarreste el peso de las estructuras del régimen. Lo vimos ya, con sus múltiples contradicciones y limitaciones ideológicas, en el tripartito catalán; lo vemos ahora en la alcaldía de Barcelona, y me temo que la dificultad para ejecutar determinadas declaraciones de ruptura del Parlament, como la del pasado 9-N, tiene mucho que ver con esa institucionalidad aislada y débil.

El contrafuerte a estas instituciones conquistadas a votos será nuevamente la calle inundada por una red de gente que las defiendan –cuando actúen en favor de los intereses populares, evidentemente–. Este empoderamiento popular será siempre garantía de solución y de implementación real, de transformación profunda. Pensando precisamente en el proceso de ruptura catalán, la importancia del referéndum unilateral tiene en este punto también su razón de ser. Más allá de que es la forma más democrática y más legitimada de resolver la cuestión y de validar la ruptura con el Estado, la monarquía y el resto del régimen del 78, lo cierto es que el referéndum unilateral es también mecanismo de movilización, politización y empoderamiento, por lo tanto un instrumento más que útil para garantizar que el proceso de ruptura nacional sea también un proceso de transformación social.

El proceso de ruptura en Catalunya nació en las calles de una activación social y ciudadana sin precedentes que continúa siendo la única garantía que el proceso político

seguirá adelante. La calle es tensor y garantía de la ruptura, tan solo desbordando las instituciones la conseguiremos.



# Juan Torres

Catedrático de Economía aplicada en la Universidad de Sevilla

*"Las izquierdas deben construir ahora experiencias de vida y organización social que de algún modo permitan visualizar el modo de vivir futuro que ofrecen a los demás"*

La coyuntura que vivimos en España es el resultado de una confluencia de circunstancias excepcional que ha dado lugar a una expectativa grande (y me atrevería a decir que inevitable) de cambio político.

Por un lado, es el resultado de una crisis que esta vez ha dejado ver con toda claridad (como quizá no había sucedido nunca antes) la naturaleza corrupta y fraudulenta del capitalismo, lo que ha permitido que las respuestas a los problemas económicos planteados hayan tenido una componente antisistémica inevitable y más potente y nítida que nunca antes (aunque, por eso, también las defensas del sistema han debido reforzarse de modo extraordinario). Eso ha explicado que los movimientos de indignación y la movilización en general hayan sido muy fuertes, extendidos y plurales.

Por otra parte, esa crisis económica muy profunda ha coincidido en España con otra también muy grave de la institucionalidad en la que se basó el régimen de la transición y que ha puesto en cuestión el *status quo* en materias tan relevantes como el Estado de las autonomías, la monarquía, los partidos políticos, los pactos entre las oligarquías y nacionalismos centrales y periféricos, o incluso la naturaleza de nuestra relación con el marco europeo, entre otras. El desprecio y rechazo institucional que ha producido esta segunda crisis (sobre todo por la corrupción generalizada que la acompaña) ha reforzado la indignación generada por la anterior, ha debilitado la capacidad de maniobra y de respuesta de las fuerzas del sistema ante ambas crisis y ha obligado a que la respuesta a la crisis institucional también haya debido tener componentes (al menos discursivos) forzosamente situados fuera del marco hasta ahora habitual (horizonte constituyente, República, planteamientos federalistas de diverso tipo, formas o estilos de la democracia, pertenencia al euro o incluso a Europa...).

Ambas circunstancias o crisis (o, mejor dicho, su coincidencia) son las que han permitido o provocado que la respuesta social y política haya sido, e incluso todavía esté siendo, de una fortaleza también inusual que se ha manifestado en lo que, solo para entendernos, podríamos denominar como en el fenómeno "Podemos". Por primera

vez desde el final de la dictadura ha habido un sujeto político nacido de una movilización social específicamente puesta enfrente de la institucionalidad dominante y claramente dispuesta a actuar sin voluntad de ser parte del aparato de dominio social (algo que, en cuanto dejó de ser indisimulado, provocó lógicamente una respuesta también inusualmente contundente por parte del sistema). Por primera vez, tenía presencia política decisiva quien expresamente deseaba hacer y hacía política extramuros del régimen de la transición y quien, a poco que tirase del hilo de la crisis económica, se encontraría inevitablemente en posiciones antisistema (ni siquiera por voluntad propia sino porque la crisis es sistémica).

Sin embargo, mi opinión es que el impresionante impulso con que se fue manifestando y desarrollando ese proceso de irrupción política no solo de un nuevo sujeto, sino también (y eso era igual de importante) de un nuevo movimiento social, de un nuevo ecosistema de la política, de un nuevo lenguaje y de una nueva "georreferencia" de las alianzas, ha entrado en barrena desde hace algún tiempo. Y me temo que en España también pueda ocurrir que la llamada Gran Recesión termine, desde el punto de vista de la respuesta social, en la Gran Frustración o la Gran Decepción (francamente, me siento ahora incapaz de decidirme por un término o por otro, quizá, porque en el fondo creo que deberían utilizarse los dos). Y no creo que haga falta señalar que la pérdida de casi un millón de votos en las últimas elecciones y la convicción generalizada de que si hubiera unas terceras se perderían aún muchos más, son los síntomas más visibles de ello.

En este contexto, el debate que suelo percibir sobre lo que ha ocurrido y sobre lo que podría ser que ya haya empezado a suceder me parece bastante elemental, por no decir que simplista. Básicamente se centra en discutir si la izquierda debe darle prioridad al trabajo institucional o al de "la calle", si la batalla electoral es central o no, si hay que ser más o menos "radicales" en el sentido de subrayar o verbalizar con mayor énfasis el carácter antisistema de los proyectos políticos, si éstos deben revestirse de un barniz claramente de izquierdas o si deben presentarse como algo "transversal" y susceptible de ser asumido por sectores sociales tradicionalmente alejados de estos planteamientos o, incluso (como ocurre cuando escribo estas líneas) si el problema es "el tono" más o menos fuerte del discurso de los líderes.

Es posible que esté simplificando la situación, los términos del debate y la naturaleza de los discursos que se hacen (y de hecho me consta que ha habido aportaciones de gran interés sobre todo lo que está pasando). Pero, en cualquier caso, lo que quiero señalar es que me parece que (al menos con carácter general) no se está entrando a plantear y

resolver lo que a mi juicio son grandes patologías que vienen afectando desde hace decenios a las izquierdas y que, a mi modo de ver, son las responsables de que sus proyectos políticos o experiencias de gobierno sigan estando abocados o a fracasar o a traicionar.

Como el espacio de esta aportación es muy reducido, me limito a presentar, de la manera más resumida posible y siempre en términos generales (sabiendo que hay excepciones a lo que señalo), las que me parecen más importantes y las que creo que en mayor medida influyen en el desinflamiento de la izquierda a la hora de dar respuesta a una situación de crisis generalizada que en principio era muy favorable para que de ella viniese el impulso y la orientación del cambio.

En primer lugar, me parece que las izquierdas siguen generalmente atadas a un concepto del progreso y la transformación social decimonónico que carece del componente más importante que puede y debe tener cualquier estrategia de cambio social que tenga al ser humano como eje central: el humanismo. Tengo la impresión de que las izquierdas actúan guiadas por una percepción mecanicista de la historia que hace creer que los cambios se producen simplemente operando sobre las grandes piezas o agregados abstractos de la vida social.

La principal consecuencia de ello es que las izquierdas no han aprendido a convivir con los seres humanos en su realidad cotidiana como personas ni a congraciarse con su diversidad. A las izquierdas todavía parece que les cuesta mucho trabajo entender que, aunque es evidente que existen clases y grupos sociales específicos y con características o incluso intereses objetivos comunes, los protagonistas reales de la vida y el cambio social son los seres humanos (ojo, no como individuos sino como seres sociales). De ahí que siga siendo proverbial su incapacidad para afrontar en paz y con eficacia el diálogo con la sociedad, y no solo con la más distante sino con la más próxima, con ella misma. Y de ahí el cainismo tan generalizado y presente.

Me temo que las izquierdas siguen sin ser capaces o sin tener deseo de ser amables, de ser humanas, y que carecen de prójimos. Hicieron suyas las banderas de la libertad y la igualdad pero dejaron a un lado la fraternidad. Y así es muy difícil que se hagan querer por quienes no compartan su credo o los postulados de su exclusiva razón (o incluso por quienes los comparten).

En segundo lugar, también tengo la impresión de que las izquierdas siguen teniendo una percepción fragmentada o incluso dicotómica de la realidad y de la acción social y que sus planteamientos carecen del sentido de la complejidad que es imprescindible para

reconocer la realidad tal cual es. La supuesta disyuntiva entre lo institucional y la calle, o entre la reforma y la revolución son buenos ejemplos de ello.

Quizá todo eso tenga mucho que ver con el hecho de que las izquierdas no han sabido crear un espacio de creación intelectual, de pensamiento y reflexión compartidos, de elaboración colectiva, de donde salga combustible cognitivo para la acción social y una especie de lengua franca a la hora de hacerle propuestas a la sociedad. Una de las consecuencias más paralizantes de esta carencia es la baja formación, la escasa cualificación y la poca preparación de quienes deberían ser mediadores o creadores de una nueva realidad y de efectos letales que no creo que sea necesario subrayar.

En tercer lugar, me parece evidente que las izquierdas siguen limitándose generalmente a ofrecer a la sociedad proyectos de futuro que solo se pueden asumir o no como se asumen las creencias religiosas, mediante actos de fe. Las izquierdas no han sabido "anticipar" el futuro que pregonan construyendo ahora experiencias de vida y organización social que de algún modo permitan visualizar el modo de vivir futuro y diferente que ofrecen a los demás.

Y me parece particularmente grave y paralizante que la izquierda más radical haya despreciado e incluso demonizado el reformismo que permite hacer cosas y vivir experiencias, y no solo hablar de ellas, que demuestran a la sociedad que las cosas pueden cambiar y, sobre todo, que permite que las personas se empoderen cuando comprueban que pueden construir otro mundo por sí mismas. Es normal que a la gente le cueste creer que quien es incapaz de transformar una minúscula parte sea capaz de transformar el todo.

En cuarto lugar, las izquierdas todavía llevan sus espaldas el lastre tremendo que supone haber renunciado en su día a hacer suyos los ideales de la democracia y los derechos humanos dejando en otras manos los mejores escudos sociales frente a las crisis y el sufrimiento que provoca el capitalismo

Finalmente, las izquierdas siguen siendo profunda y lamentablemente masculinas y completamente desentendidas del cuidado y del cariño como prácticas básicas de la vida (y, por tanto, de la política).

En suma, creo que, más allá de respuestas coyunturalistas, a la izquierda le hace falta pensar colectivamente antes de actuar, dialogar entre sí y con la sociedad en su conjunto con fraternidad, anticipar el futuro y poner en marcha experiencias de producción, consumo y de relación social novedosas, hacerse femenina y convertir la política en una dimensión más del cuidado, y entender que los cambios sociales no son

una operación mecánica sino la obra de seres humanos muy diferentes, con intereses contradictorios y no siempre compatibles. Y ni siquiera así será fácil.